

Congreso Nacional de 1949.

420

Acta de la sesión de Congreso Pleno de 17 de Septiembre.

Sumario:

I. Se instala la sesión a las 9-30 a. m.

II. La Presidencia manifiesta que esta sesión solemne está dedicada exclusivamente a agradecer a las Naciones que con generosidad extrema han ayudado en los momentos de dolor para la Patria; y, concede la palabra al Sr. Senador Velásquez Cevallos.

III. El Sr. Diputado Ochoa pide se dicte un Acuerdo en honor de la República de Chile, cuyo aniversario se festeja el día de mañana.

IV. La Presidencia da por terminada la presente sesión a las 9 y 45 a. m.

Se preside el Excmo Señor Presidente de la Cámara de Diputados, Dn. Augusto Alvarado Oca. — Concurren los siguientes HH. Registradores:

HH. Senadores: Anda Maldonado Cristóbal, Andrade Cevallos Alberto, Arzube Villamil Alfonso, Alfaro César, Castillo Carlos, Córdova Andrés F, Corral Jáuregui Manuel A, Chacón Moscoso Octavio, Dávila Mera Jorge, Durango Augusto, Egas Frijalva Darío, García Manuel E, Gavilanes Alberto, Gilbert Abel, González Luis A, Franja Cevallos Manuel, Heredia Crespo Miguel, Marchán Octaviano, Mata Martínez Antonio, Miranda Noranjo Gilberto, Palacio García Rubén, Palacios Darío Virgilio, Plaza Monzón César, Ruiz Calisto Gonzalo, Varela Donoso José, Velásquez Cevallos Mauro, Villacis Manuel, Trujillo Francisco.

HH. Diputados: Andrade Marín Carlos, Bustamante Enrique, Cevallos Miguel A, Centeno Gonzalo, Córdova Octavio, Dávalos Gonzalo, Escobar Alberto, Freile Agustín, Gómez Jorge, Gallardo Julio, Garibot Carlos, González Benigno, Kingman Nicolás, Landáuzi Burgos Emilio, Landáuzi Carrera Darío, Loyola Ignacio, León Gabriel, Lara Isidoro, Montilla Jorge, Malo Cornelio, Muñoz Antonio, Meryado Diómedes, Monsalve Francisco, Montalvo Milton, Ormaza Gregorio, Ochoa Octavio, Paz Alejandro, Palacios Carlos A, Plaza Medina Julio, Romo Dávila Alfonso, Reyes Nelson, Ramos Segundo, Ríos Luis A, Salgado Alberto, Suárez Veintimilla Rafael, Santos Atanasio, Terán Varela José, Tola Barcia Absalón, Toral Vega Julio, Ulloa Ramón, Vela Julio, y Witt Maximiliano.

Actúan los infrascriptos Secretarios de las HH. Cámaras del Senado y Diputados respectivamente.

El Señor Presidente.

En este día dedicado a expresar la gratitud nacional, el H. Congreso Nacional no

podía dejar de tener una participación franca y activa; en este día en que se practica una de las virtudes que más enaltecen a los hombres y a los pueblos, el H. Congreso Nacional debía hacerse presente, y es por ello, como vosotros sabéis, que vá a dedicar esta sesión solemne al objeto exclusivo de agradecer, en la forma más cordial, a los pueblos de todo el orbe que se han dignado, con generosidad extrema, ayudarnos en estos momentos de dolor para la patria ecuatoriana. En tal virtud, tengo el placer de conceder la palabra al H. Senador Mauro Velásquez Cevallos.

El Sr. Velásquez Cevallos.

Señor Presidente:

Cuando creíamos estar solos en el mundo, porque hechos dolorosos registrados por nuestra historia así nos lo indicaban; como boradora, es la tragedia la que nos hace converner de lo contrario; cuando sentíamos, el frío de la indiferencia, los brazos fraternos de todos los ángulos del mundo vienen en la hora de la adversidad a estrecharnos para darnos calor de fe y para poner optimismo en los destinos de la humanidad. Si la neblina tarde del cinco de Agosto nos produjo el dolor intenso de sufrir los rigores del Destino que se ensañó en nuestros compatriotas del Centro de la República, que paso tuvo en las almas ecuatorianas, que amanejó nuestras justas lágrimas, el amanecer del nuevo día nos encontró, entristecidos sí, pero llenos de confianza en nuestro futuro justamente porque nos sentimos fuertes ante la presencia espiritual de todos los hombres del orbe y, especialmente, de los hermanos de América. El Ecuador ha presenciado y ha sido beneficiado con algo que bien podría llamarse el certamen de la bondad internacional. Efectivamente, no sabríamos a cuál de las gloriosas Naciones que vinieron en nuestro auxilio se le podría poner en primer plano, para brindarle nuestro mayor reconocimiento. Por primera vez se dió el caso de que todos los países de la Tierra se diesen cita en un punto de ella, para hacer el bien, para llevar el confortamiento de ánimo para cantar a la confraternidad constructiva. En este rincón de la mitad del planeta se ha producido el milagro de que un día los hombres se olviden de las fronteras, de los egoísmos, de las incomprensiones y, con el denominador común de la hora aciaga, y que en esta pequeña República se produzca la manifestación más elocuente y práctica de solidaridad.

El Ecuador tuvo siempre el procerato de la fealtad. Aquí el Abel Americano encontró amor y encontró respaldo cuando el sol de su grandera marchaba hacia el ocaso y en todos los caminos encontraba sombras de ingratitud: desde esta ciudad procerca salió el llamamiento al Padre de la Patria para que viniere a honrarnos y a concedernos el

honor de exalar el último suspiro en tierras ecuatorianas, cuando la pasión política que todo lo obscurece había hecho olvidar los sacrificios del libertador por estas nacionalidades; en esta talitua del honor y del reconocimiento han germinado siempre las mejores flores de la confraternidad, de la altura de miras. Jamás hemos olvidado la atención que recibimos, el servicio que nos hicieron, o la mano que se extendió real para salvarnos. El Ecuador ha hecho escuela de gratitud. En los fastos de nuestra historia, no hay una sola mancha que pueda ubicarnos en el plano de la traición y de la ingratitud. Nos fundimos en el crisol del dolor; pero podemos enorgullecernos de que nuestra recia envergadura de pueblo cabaleroso, altivo y real, no ha sufrido al pasar por todas las duras pruebas que la Naturaleza y la incomprensión nos han deparado.

Pequeños en territorio, abatidos por las fuerzas ocultas de la Naturaleza; pero grandes en virtudes. No tenemos otra cosa con que reciprocamos las nobles manifestaciones de que hemos sido objeto por parte de los diferentes Estados, que poner a flor de labios esos corazones que se perfeccionaron en la forja de nuestro dolor, de esa fealdad y de esa gratitud de espíritu para decir: Gracias, hermanos del mundo, gracias, hermanos de América!

El. H. Vesa Suárez.

Señor Presidente:

Solo la circunstancia especial de tener el honor de representar, en esta legislatura, a la provincia de Tungurahua, epicentro trágico de la tragedia del cinco de Agosto, es justificación plena para que yo lleve la palabra, a nombre de la Cámara de Diputados, y por bondadosísima disposición de Vuestra Señoría, en esta sesión solemne en que el Congreso Nacional del Ecuador, elevado y auténtico representante del pueblo ecuatoriano, dedica unis su voz de sincero agradecimiento a la afectuosa explosión de cariño fraterno que embarga los techos de todos nuestros compatriotas, en este día declarado ya, como el día de la gratitud ecuatoriana. Habría sido mi deseo corresponder a vuestra gentil designación, Sr. Presidente, y, como ciudadano de Tungurahua, traer aquí en obsequio de todas nuestras Naciones hermanas, de todas nuestras naciones amigas, de nuestra madre Patria toda la belleza de mi tierra, toda la fertilidad de su suelo, todo el orgullo blanquísimo de sus nevados, todas las caricias de su clima, toda la generosidad de sus huertos. Habría deseado, Señor Presidente, traer, a manera de ofrenda cariñosa, la sensibilidad emocionada de sus gentes, la cristalina lágrima de sus niños, la laboriosidad incansable de sus trabajadores, la espiritualidad poderosa de sus mujeres, y el aliento doloroso y optimista de quienes han resuelto levantar sus ciudades, reconstruir sus hogares, sobre los cimientos de sus propios

desbojos. Habría deseado tener la capacidad suficiente para entregar a nuestros países hermanos de América, a nuestros países amigos de todos los Continentes, a nuestra Madre Patria; la evocación más brillante que podría haberse hecho de Montalvo, de Mera, de Cevallos, de Martínez y del Ilustre Ciego, para poder formular un agradecimiento proporcionado a su causa y un agradecimiento digno de mi hidalga tierra. Habría querido llevar en mi voz las múltiples bellezas de una sinfonía para entonar con derecho, y en la sala del Parlamento de mi Patria, el más melodioso himno a las Américas. Habría querido, Señor Presidente, hacer un recuento de los más bellos días de todas y cada una de las historias de los pueblos americanos, un recuento de sus más épicas hazañas, con sabor de azteca, de inca o de incaucano, para demostrar al mundo que lo que América hizo por el Ecuador; en estos momentos, no era sino la consecuencia lógica; no era sino, la herencia fatal de la bravura, de la grandeza y del valor que heredaron de sus mayores. Habría deseado tachonar este azul y bello cielo de Quito con girones de las banderas de nuestras naciones hermanas de América, para tomar justo desquite del olvido que, día a día, vinieron haciendo sobre esta Ciudad Heroica de América las Alas de nuestros países hermanos, que atravesaron este claro firmamento, trayéndonos su mensaje de ayuda y de amor. Venturosamente, para expresar gratitud no hace falta palabras. La gratitud fraternal, la gratitud entre hermanos, suena siempre con latidos de corazón; la gratitud entre hermanos es abrazo, es beso, es lágrima bañando muchos corazones, es pura vibración del espíritu, es dignificación humana, es superación radiante de la vida del sentimiento. El Ecuador ha tenido que señalar un día de su año para entregarse a la noble tarea de demostrar su gratitud, porque era necesario, Señor Presidente, que, de algún modo, en alguna manera, el Ecuador trate de elevarse al altísimo nivel de encastada hidalguía y nobleza en que se habían colocado sus hermanos de América. Millones de ecuatorianos se volarán hoy en las calles de todas sus ciudades para decir, para gritar a América que su generosidad y su hidalguía las hemos recibido en nuestras propias almas, y que en ellas florecerá y fructificará para satisfacción nuestra y para ventura y gloria de esta América. Todos los países de este Continente, todas las nacionalidades que forman el Nuevo Mundo, sin excepción alguna, de pie ante la tragedia sísmica del Ecuador, han escrito la página más bella de auténtica y profunda vida americanista. La bondad, su generosidad, su condolencia, se han elevado, sobre todas las esferas del contrato y tratado internacional, saltó en esta oportunidad, Señor Presidente, la medida, el cálculo, la previsión que sobran

en los negocios internacionales, pero sobró, con exceso y por fortuna, desprendimiento, amor, convicción americanista y la capacidad suficiente para sentir nuestro dolor como suyo propio; capacidad, Señor Presidente, que por sí sola engendraba en nosotros, como no podía ser de otro modo, la magnitud y categoría de este nuestro agradecimiento. América va conquistando su destino; América va empujando su propia vida; América va ensanchando sus horizontes, y limpiando sus caminos; América a este paso, conquistará, muy en breve, sus mas claros y puros ideales. América, Continente de la Democracia y Patria de la libertad, ha de ser, y para siempre, la tierra de la fraternidad. El Ecuador, soldado valeroso en mil campañas democráticas; el Ecuador, precursor de esa libertad en esta Ciudad Nueva, se enorgullece llamándose y sintiéndose hoy el depositario de la Gracitud para América. La vida internacional puede o no complicarse mañana, Señor Presidente; pero, a través del rembloroso brillo de mis pupilas emocionadas, veo una América del futuro, fuerte, entregada por entero a la tarea de una indisoluble y eterna fraternidad, que admiraría al mismo Soñador del Chimborazo; veo una América joven, robusta y valerosa que, al margen de todo lirismo, a lo ancho y a lo largo de los cuatro puntos cardinales, declara que todo ataque que contra un país americano, que todo golpe contra una nacionalidad del Nuevo Mundo, es un golpe y ataque para todo el Continente; que el dolor de un solo americano es dolor de América toda; que un solo trabajador americano en desocupación, es problema social y humano de todo el Continente americano; que el frío, la desnudez y el hambre de un solo hogar americano, es frío, desnudez y hambre de todo el pueblo americano, como americanos fueron, Señor Presidente, y americanos por excelencia, este dolor y esta tragedia de mi patria ecuatoriana.

El Señor Presidente.

Después de haber escuchado las brillantes, emocionadas y patrióticas palabras de nuestros distinguidos colegas, voy a clausurar esta sesión solemne, para ocupar el lugar que nos corresponde en el desfile.

El Sr. Mantilla Ortega.

Señor Presidente:

Si me permite su Señoría, voy a rogar que la transcripción de los discursos bellísimos y emotivos que hemos oído esta mañana, sea enviada por intermedio de la Cancillería a las Misiones Diplomáticas de los pueblos americanos y a las Naciones amigas, a quienes está dedicado el homenaje de esta mañana. Luego que también se transcriban esos discursos, y se envíe a toda la prensa del país.

ha Presidencia dispone se atienda este pedido.

El H. Ochoa.

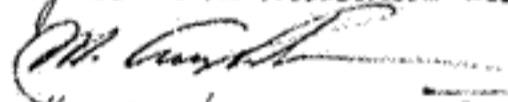
Señor Presidente:

Antes de terminar esta sesión de Congreso Pleno, quiero pedir a su Señoría y al H. Congreso Nacional que se dicte inmediatamente un Acuerdo en honor a La República de Chile, cuyo aniversario se festeja el día de mañana.

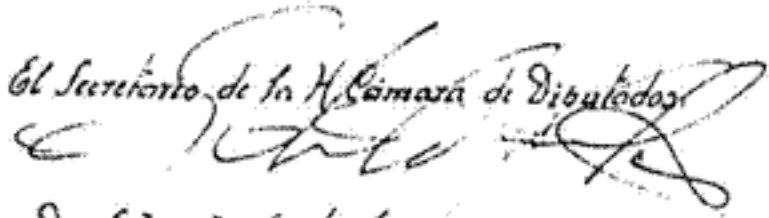
Puesto en consideración del H. Congreso este pedido, se aprueba por unanimidad.

N. ha Presidencia da por terminada la presente sesión a las 9 y 15. a. m.

El Presidente de la H. Cámara de Diputados,
encargado de la Presidencia del H. Congreso Nacional.


Agustín Alvarado Ochoa.

El Secretario de la H. Cámara de Diputados


Dr. Eduardo Santos B.

El Secretario de la H. Cámara del Senado.


Dr. Rafael Galán Chiraga.